

Etgar Keret

**Un hombre sin cabeza  
y otros relatos**

Traducción del hebreo  
de Ana María Bejarano

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

## El gordito

¿Sorprendido? Pues claro que estaba sorprendido. Sales con una chica. Una primera cita, una segunda cita, un restaurante por aquí, una película por allá, siempre en sesiones matinales, exclusivamente. Empezáis a acostaros, los polvos son una pasada y después llega también el sentimiento. Cuando de pronto, un buen día, viene a ti llorando, tú la abrazas y le dices que se tranquilice, que no pasa nada, y ella te contesta que ya no puede más, que tiene un secreto, pero no un secreto cualquiera, que se trata de algo tenebroso, de una maldición, un asunto que ha querido revelarte todo este tiempo pero no ha tenido valor para hacerlo. Porque se trata de algo que la oprime constantemente como si de un par de toneladas de ladrillos se tratara. Algo que te tiene que contar, porque es que tiene que hacerlo, aunque también sabe que desde el momento en que te lo revele la vas a dejar, y con razón. Y al momento vuelve a echarse a llorar.

–No te voy a dejar –le dices–, yo no, yo te quiero.

Puede que parezca que estés algo emocionado, pero no, y si lo estás es porque ella sigue llorando, no por el secreto en sí. La experiencia te ha enseñado que esos secretos que repetidamente llevan a las mujeres a hacerse

trizas son la mayoría de las veces algo de la importancia de haberse echado un polvo con un animal, con un familiar o con alguien que les dio dinero a cambio.

–Soy una puta– acaban diciendo siempre.

–No, que no –insistes tú abrazándolas, o–: Shshshsh  
–si siguen llorando.

–De verdad que es algo muy gordo –insiste ella, como si hubiera descubierto esa pachorra tuya que tanto has intentado ocultar.

–Puede que dentro de ti suene espantoso –le dices–, pero es por la acústica. Ya verás como, en cuanto lo saques fuera, de repente te parecerá mucho menos grave.

Ella casi se lo cree y tras dudar un instante dice:

–¿Si te dijera que por las noches me convierto en un hombre peludo y enano, sin cuello y con un anillo de oro en el meñique, entonces también seguirías queriéndome?

Y tú le dices que por supuesto, porque qué vas a decirle, ¿que no? Lo único que está intentando es ponerte a prueba para ver si la quieres incondicionalmente, y tú siempre has estado soberbio ante cualquier prueba. Además, la verdad es que en cuanto se lo dices ella se derrite y ya estáis follando, así, en el salón. Después os quedáis abrazados y ella llora, porque se siente aliviada, y tú también lloras, anda a saber por qué. Pero a diferencia de otras veces ella no se marcha. Se queda a dormir contigo. Y tú te quedas despierto en la cama, mirando su hermoso cuerpo, el sol que se está poniendo ahí afuera, la luna, que aparece de repente como de la nada, la luz plateada que le toca el cuerpo acariciándole el vello de la espalda. Y en menos de cinco minutos te encuentras con que a tu lado, en la cama, tienes a un hombre bajito y regordete. El hombre en cuestión se

levanta, te sonríe y se viste algo turbado. Sale del dormitorio, y t  tras él, hipnotizado. Ahora ya está en el salón, pulsando con sus rollizos dedos los botones del mando de la tele, dispuesto a ver los deportes. Fútbol, un partido de la Liga de Campeones. Cuando fallan el tiro maldice y con los goles se levanta y hace la ola. Después del partido te dice que tiene la garganta seca y el estómago vacío. Que le apetecen unos pinchos, a ser posible de pollo, aunque también se apa nar a si fueran de vacuno. Así que te subes con él en el coche y lo llevas a un restaurante cercano que conoce. La nueva situación te tiene preocupado, muy preocupado, pero no sabes muy bien qué hacer porque tus redes neuronales est n bloqueadas. Tu mano, como la de un robot, cambia las marchas mientras baj is hacia Ayalon y él, en el asiento de al lado, tamborilea en el salpicadero con el anillo de oro que lleva en el meñique, cuando en el semáforo que hay junto al cruce de Beit Dagon baja la ventanilla electrónica, te gui a un ojo y le grita a una soldado que está haciendo autoestop:

–Chata,  quieres que te subamos atrás como una cabra?

Después, en Azor, te pones a comer carne con él hasta reventar mientras lo ves disfrutar de cada bocado y reírse como un niño. Y todo el rato te dices a ti mismo que no es más que un sueño, un sueño extraño, es verdad, pero de esos de los que enseguida te vas a despertar.

A la vuelta le preguntas dónde se quiere bajar, pero él se hace el sordo y pone cara de víctima. Así que te ves volviendo a tu casa con él. Son casi las tres de la mañana.

–Me voy a dormir –le comunicas, y él te dice adiós

con la mano desde el puf y sigue con la mirada clavada en el canal de la moda.

Por la mañana te despiertas cansado, con un poco de dolor de estómago, y la encuentras en el salón, todavía dormitando. Pero en cuanto has terminado de ducharte se levanta, te abraza con cierto aire de culpabilidad y tú te sientes demasiado confuso como para decirle nada. El tiempo pasa y seguís juntos. Los polvos no hacen más que mejorar de día en día. Ella ya no es tan joven, ni tú tampoco, así que un buen día te encuentras hablando de tener un hijo. Por la noche cuando salís, tu gordito y tú os lo pasáis en grande como nunca te lo habías pasado en la vida. Te lleva a restaurantes y a bares de los que antes no te sonaba ni el nombre, bailáis juntos encima de las mesas y rompéis platos y más platos como si el mañana no existiera. El gordito es muy majo, pero un poco grosero, sobre todo con las mujeres. A veces hace unas observaciones que tú no sabes dónde meter-te. Pero, aparte de eso, la verdad es que es una pasada estar con él. Cuando os conocisteis, a ti el fútbol no te interesaba demasiado, mientras que ahora ya te conoces a todos los equipos y cada vez que el equipo del que sois hinchas gana te sientes como si hubieras pedido un deseo y éste se hubiera cumplido, un sentimiento muy poco frecuente, especialmente en alguien como tú, que normalmente no sabe ni lo que quiere. Y así, todas las noches, te duermes con él cansado viendo los partidos de la liga argentina y por la mañana vuelves a despertarte al lado de una mujer guapa y comprensiva a la que también amas a rabiar.

## A Tuvia le pegan un tiro

Para Shmulik

A Tuvia me lo regaló el día que cumplí nueve años Shmulik Rebiah, que puede que fuera el niño más tacaño de la clase. Justamente el día que yo hacía la fiesta, su perra tuvo cachorros. Unos cuatro, y cuando su tío iba a tirarlos a todos al río desde el puente del Ayalon, Shmulik, que sólo pensaba en cómo ahorrarse el dinero del regalo que todos los niños de la clase me habían comprado juntos, cogió un cachorro y me lo llevó. Era espantosamente pequeñito y al ladrar le salía una especie de piar, pero si alguien lo molestaba era capaz de dejar escapar un repentino gemido que por un momento sonaba profundo y grave, nada parecido al gruñido de un cachorro, y resultaba muy gracioso, como si imitara a otro perro. Por eso le puse Tuvia, por Tuvia Zafir, que también hacía imitaciones. Desde el primer día mi padre no lo pudo soportar y tampoco a Tuvia parecía gustarle demasiado mi padre. La verdad es que a Tuvia no le gustaba demasiado nadie excepto yo. Ya desde el principio, siendo un cachorro, le ladraba a todo el